

CORAZONES INDÓMITOS

Hilda Rojas Correa

«Nada en la vida es para ser temido, es sólo para ser comprendido. Ahora es el momento de entender más, de modo que podamos temer menos.»

—Marie Curie—



PRÓLOGO

Londres, 18 de julio de 1845.

Hywel Welsh contempló cómo el ramo de novia volaba por el aire. La flamante y feliz recién casada era su hermana, Gwendolyne. Era extraño, parecía que esos efímeros segundos se estiraban y ralentizaban más allá de toda lógica. No se dio cuenta de que entreabría la boca y empuñaba el pañuelo que tenía en el bolsillo. Aguantó la respiración cuando las solteras saltaron al mismo tiempo y alzaron sus manos para alcanzarlo.

La señorita Sophie Montgomery lo atrapó. La expresión de incredulidad que engalanó el rostro femenino fue memorable para él. Hywel sabía que jamás la olvidaría.

No podía dejar de mirarla... Desde que la conoció, hacía casi un año, sus ojos siempre encontraban una excusa para desviarse hacia ella.

Pronto Sophie se vio rodeada de damas que la felicitaban por haber sido la afortunada que, según la tradición infalible de esas familias, pronto se casaría.

Hywel apretó más el pañuelo, y la dureza de la joya que se incrustaba en la seda le recordó que él también fue partícipe de una nueva tradición nupcial.

El novio —y su nuevo cuñado—, Anthony Witney, inició una tradición para los solteros; dado que los varones de la familia solían intervenir en el ritual de las solteras, él lanzó su pañuelo, el que estaba adornado con un solitario. Quien lo atrapara sería el próximo en casarse y, si eso sucedía, tendría que usar la

piedra preciosa para confeccionar una joya para su futura esposa.

Y Hywel, para su consternación, se convirtió en el dueño de tal prenda. No era más alto que los demás, saltó al mismo tiempo que ellos, mas, en cuanto sintió el pañuelo entre sus dedos, se aferró a él como si fuera oro.

Las damas que felicitaban a Sophie se dispersaron y ella admiró el ramo de tulipanes blancos e ilusiones. Una leve sonrisa se asomó en sus labios rosados.

—Hijo, Gwen ya se va a su luna de miel. —Esa era la voz serena de su madre, Cerys. Hywel parpadeó como si un hechizo se hubiera roto. La miró, ella iba acompañada por Eira, su otra hermana—. Vamos a decirle adiós, *cariad*.

Hywel sonrió y asintió. Le ofreció el brazo a su madre y a su hermana, y fueron a despedirse de Gwendolyne.

Su garganta se apretó. Apenas podía acostumbrarse al hecho de que había recuperado a su familia después de tantos años de separación. Un sentimiento agridulce lo embargó, sentía que el tiempo que pasaba junto a sus hermanas y su madre nunca era suficiente, y eso confirmaba que lo perdido jamás se recuperaba.

Sus pasos los llevaron a la feliz pareja. La sonrisa amplia y radiante de Gwendolyne disipó la culpa y el pesar en Hywel. Su hermana abrazó a Cerys y a Eira a la vez, y él las abarcó a todas. Los cuatro eran una maraña de brazos que se rodeaban y apretaban.

Hywel carraspeó y dijo:

—Que tengas una feliz vida, Gwen. Dios sabe que te la mereces.

—No estaría aquí si no fuera por ti, hermano. Respondiste a mi llamado cuando más te necesitaba, y eso lo cambió todo.

Hywel sintió que su madre y sus hermanas se aferraban más a él; una tácita forma de reafirmar las palabras de Gwendolyne.

—Ya, vete... Tu marido te espera... señora Witney. Me gusta tu nuevo apellido.

Gwendolyne se separó tan solo un poco y le guiñó un ojo.

—A mí me encanta... Nos volveremos a ver cuando termine el verano. Les escribiré todos los días.

Besó en la mejilla a cada miembro de su amada familia. La voz de Anthony intervino:

—Debemos marcharnos, preciosa... —Les sonrió. Estrechó la mano de Hywel y les brindó una solemne inclinación a Cerys y a Eira—. Les prometo que honraré mis votos en el altar y amaré a Gwendolyne hasta el fin de mis días.

Hywel le sonrió a Anthony y terció:

—Sé que así será. Mira cómo tienes a mi hermana, sonriente y feliz... —Todos rieron... Y vaya momento que escogió el corazón de Hywel para recordarle la existencia de ese vacío que no se llenaba—. Que disfruten su luna de miel.

Anthony asintió, tomó a Gwendolyne de la mano y se dirigieron a la salida del gran salón.

Hywel se quedó mirando a su hermana que se despedía de todos. Se preguntó si esa hermosa ilusión de un amor eterno era verdadera. La familia a la que había entrado Gwendolyne parecía tener la receta mágica para gozar de enlaces duraderos y benditos.

Sintió el toque de Eira en su brazo. Él la miró.

—Iremos a tomar aire fresco al jardín.

Hywel asintió, comiéndose todos sus ofrecimientos de acompañarlas o llevárselas de vuelta a la mansión. Cerys y Eira no soportaban estar demasiado tiempo rodeadas de personas en espacios cerrados. Su madre pasó doce años confinada en un manicomio y Eira, uno. Ambas acusadas injustamente de locura por parte de sus respectivos maridos. Comprendía que ellas necesitaban el sol, el aire, que nadie les dijera qué hacer... menos un hombre.

Él se limitaba a observarlas y obedecer a todos sus deseos.

Y eso hizo, las contempló alejarse, tomadas del brazo. No obstante, fueron interceptadas por Sophie. La joven lucía una sonrisa amable y entabló una conversación con Cerys y Eira. Asentía. Miró su ramo y negó con su cabeza. Rio. Al parecer, su hermana bromeó y ella hizo un ademán despreocupado. Luego, las dejó ir.

Quedó sola en medio del salón. Su espalda se encorvó.

Y por primera vez, Hywel vio cómo la máscara de viveza y ligero cinismo abandonaba el rostro de Sophie, y era reemplazada por una expresión taciturna. La mirada azul se ensombrecía mientras acariciaba los delicados pétalos de los tulipanes blancos. Suspiró y frunció el ceño, como si estuviera reprendiéndose. Apretó los labios, envaró su postura y sonrió como siempre.

En ese momento, él se dio cuenta de que esa sonrisa no era real. Era un gesto ejecutado a la perfección para distraer y ocultar el sentir de esa joven.

Hywel se sacudió esa idea de la cabeza. Era absurdo, estaba dándole demasiadas vueltas. Se encontraban en una fiesta, todo el mundo reía, celebraba, bailaba y, en algún punto de la jornada, escondían el cansancio o el hastío detrás de una expresión risueña.

«Sin embargo, ese instante fue real», refutó la vocecilla interior de él.

Las piernas de Hywel se movieron para acercarse a Sophie. No podía ni quería evitarlo. Deseó subirle el ánimo. Y no había otra mejor forma que devolviéndole la pulla que le propinó esa damita indómita minutos atrás, cuando él atrapó el pañuelo.

No tardó en estar frente a ella, agravó su voz y señaló:

—Más le vale honrar la tradición, señorita Montgomery.

Sophie rio. Sus carcajadas eran femeninas y cristalinas.

—Ay, señor Welsh... —Alzó la mirada. Ella nunca evadía el contacto—. No tengo aversión al matrimonio, pero sí a los idiotas, y el mundo está lleno de ellos.

Hywel se llevó la mano al pecho.

—Auch, eso ha sido un golpe bajo, *cariad*. Es el segundo que me propina hoy.

Sophie negó con su cabeza.

—Me parece que usted ha recibido golpes más bajos, señor lobo. —Ese era el apodo que ella le puso cuando lo conoció—. De hecho, me atrevería a decir que es inmune a mis ataques.

—Jamás, sus palabras son como dagas que atraviesan mi tierno corazón.

Sophie jadeó, impactada ante esa revelación.

—¡No me diga! ¿De verdad tiene corazón?

—Estaría muerto si no lo tuviera. Es un órgano vital, ovejita negra. —Y ese fue el apodo que él le puso a ella—. Mi corazón es enorme. Apenas cabe en mi pecho.

—Así alcanza para todas, ¿no?

—Por supuesto, incluso hay lugar para usted.

—Oh, es muy amable su ofrecimiento, lo aprecio de verdad. —Arrugó su nariz—. Pero he de rechazarlo, no me agrada compartir un espacio estrecho con otras damas.

Hywel estuvo a punto de replicar. Sin embargo, el primo de Sophie, William, los interrumpió.

—Sophie, Hywel, necesito un minuto de su tiempo. Vengan.

La pareja lo siguió, intrigada, hasta una zona de la estancia que era bañada por la luz dorada del sol vespertino. Un trípode sostenía una caja negra. A esas alturas de la jornada, ya no había curiosos observando el proceso de tomar un daguerrotipo. William, entusiasmado y orgulloso, les indicó.

—Ustedes serán los últimos protagonistas. Si todo sale bien, Tony y Gwendolyne tendrán hermosos recuerdos de su boda. Tomen asiento. La idea es que queden inmortalizados como los solteros que fueron «víctimas» de la tradición nupcial de los recién casados. Hywel, sostén el pañuelo de tal forma que se vea el solitario. Sophie, eeeeh, no. Tú estás perfecta así con el ramo.

La improvisada pareja se miró de reojo mientras William hacía los ajustes necesarios en la cámara.

Hywel se inclinó hacia ella.

—¿Es su primera vez?

Sophie arqueó una ceja. Las preguntas del señor Welsh nunca eran inocentes.

—No...

—¡Dios santo! Su apodo lo tiene bien ganado.

Sophie rio.

—Para que vea los alcances de mi negrura... Will ya me ha tomado un daguerrotipo. Desde que volvió de Italia, él ha estado retratando a todos los miembros de la familia con su cámara. Supongo que para usted tampoco es novedad.

—A decir verdad, esta es mi primera vez.

—¡Santo cielo! A su edad ya deberían quedarle pocas, me siento muy honrada de estar en su primera vez posando para un daguerrotipo.

—¿Me está diciendo viejo?

—Quizás.

William los miró y anunció:

—Tomará un minuto aproximadamente. Lo ideal es que no se muevan... Les recomiendo que no sonrían, les dolerá la cara al cabo de medio minuto. Sin querer empezarán a moverse y arruinarán la toma... —Consultó su reloj de bolsillo y dijo—: Bien, no se muevan a partir de... ahora.

Hywel y Sophie sonrieron, desafiando las advertencias de William.

Miraban directo hacia la cámara. Hywel pudo sentir el tenue aroma del cabello de Sophie... A sol. Sí, olía a sol. Muchos podrían decir que ese aroma era absurdo y que no existía, pero él era capaz de apreciarlo. Era una revitalizante mezcla de... sol —valga la redundancia—, calor, tierra, piel, un ligero toque de sudor y jabón.

Como si ella hubiera estado toda la tarde en el campo o en un jardín.

La imaginó con sus manos enterradas en la tierra fecunda, sin importarle si sus uñas se ensuciaban o quebraban, sonriendo de verdad. Esa imagen mental no era antojadiza. Cuando la conoció, ella era huésped en la mansión de su amigo, Edward, y en una de esas tantas tardes de ocio, la descubrió en el invernadero con el encargado del lugar. Ellos conversaban en voz baja mientras trasplantaban un helecho de una maceta a otra.

Durante un breve segundo sintió que una larga búsqueda había terminado... Pero era una tontería, él se conocía, sus afectos eran tan volubles como la luna. Innumerables veces sintió la atracción y tiempo después, cuando ya tenía a la mujer que deseaba, se disolvía sin más.

No entendía por qué le sucedía, era frustrante.

Por ese mismo motivo, nunca intentó ir más allá con la señorita Sophie, y solo se limitaba a coquetear y ser el blanco de los ácidos comentarios de la joven. El respeto y la gratitud que sentía hacia ella y su familia era sagrado. También debía reconocer que su reputación lo precedía.

Por nada del mundo lo arruinaría... Además, estaba seguro de que él no provocaba ni un sentimiento en la señorita Sophie. Ella, si quisiera, podría tener a casi cualquier hombre. No se casaba porque tenía otras metas que cumplir antes de ser madre y esposa. No había que ser una luminaria para imaginarlo. La joven nació y se crio rodeada de mujeres atípicas, que iban a contracorriente del canon social.

Ahora que lo pensaba mejor, ella no podía tener a casi cualquier hombre. Uno corriente no servía, la haría infeliz.

William interrumpió sus pensamientos cuando, con reloj en mano, dijo:

—Solo faltan quince segundos... No sé cómo lo han hecho

para no moverse... Será la mejor toma.

Sophie apenas escuchó lo que decía William. En su mente solo había un pensamiento.

«¿Habrá germinado la dedalera de la maceta Medusa? Quizás me excedí con el guano».

Inspiró lento y profundo para no moverse demasiado. Ah, si había alguien que olía bien en ese lugar, era el señor lobo. Se permitía ese placer pocas veces, porque si lo hacía demasiado seguido le daban taquicardias... Ella estaba segura de que tenía alguna afección coronaria. Nunca se lo comentó a sus padres o a sus hermanas. No quería preocuparlos; esos latidos acelerados solo eran momentáneos, y eran disparados por cosas que no tenían explicación. Podía ser un hombre demasiado atractivo, un aroma que le agradaba más de la cuenta, la idea de ir a un baile, un pensamiento sobre el futuro... o sobre el pasado.

La dedalera era un buen remedio para las taquicardias, la consumía en dosis muy bajas, solo para prevenir. Podía ser tóxica si se excedía.

Ah, el señor Welsh era malo para sus taquicardias, olía muy bien y era encantador.

En extremo encantador.

Los hombres encantadores y seductores eran los peores. No se podía confiar en ellos.

Ella lo sabía muy bien... demasiado bien.

William terminó la exposición colocando una barrera en la entrada de luz y dijo:

—Ya pueden moverse. Lo han hecho increíble. Gracias a ambos.

Hywel y Sophie se masajearon las mejillas. Era cierto lo que les dijo William, pero no se arrepentían. Todo el mundo salía serio en los daguerrotipos y pinturas. Como mucho esbozaban una tenue curva en sus labios.

Se levantaron y se sonrieron.

—Ha sido un placer, señor lobo.

—Lo mismo digo, ovejita negra. —Le brindó una firme inclinación de cabeza y le guiñó el ojo.

Sophie hizo una reverencia y se alejó.

De pronto, la música de la orquesta se sintió estridente en los oídos de Hywel, y el cansancio se apoderó de todo su cuerpo.

«Posar para un daguerrotipo es agotador», pensó divertido. Su sonrisa no se desvanecía.

Era momento de marcharse, el viaje a la mansión era largo.

Los solteros que lanzaron bromas a su costa cuando atrapó el pañuelo tenían razón, lo llamaban viejo.

Sí, quizás lo era. A veces la vida le pesaba como una losa, pero si no se reía de ello, ni siquiera habría llegado a los quince años... y mucho menos hasta esa dama que olía a sol.